

diré por último? Algunos se precian de llevar sobre sí algunas piadosas señales de respeto á María Santísima, tienen una tierna devoción á todo lo que se dirige á su culto, rezan todos los días con una escrupulosa exactitud algunas santas oraciones que la ha consagrado la Iglesia, y bajo estas religiosas exterioridades mantienen con mas seguridad un corazón siempre profano y corrompido: van á los templos donde se honra á la Señora, y al salir de allí se persuaden á que tienen autoridad para volver á los lugares donde se la ofende. ¡Ah! vosotros deshonrais sus altares, pues los mirais como asilos de vuestra impenitencia y de vuestras culpas; profanais esas exteriores señales que llevais sobre vuestros cuerpos de la devoción que la profesais, pues os persuadís á que con ellas quedarán sin castigos vuestros delitos; y la señora podrá decir de vosotros aquella terrible sentencia con que Dios amenazaba en otro tiempo por su profeta á los sacerdotes, que bajo la santidad de sus vestiduras y de las augustas señales del sacerdocio, ocultaban un corazón profano y manchado. Me levantaré, dice, en el día de mis venganzas, contra aquellos infieles ministros de mis altares, los arrancaré aquellas inútiles señales de mi culto con las que ocultan un corazón lleno de iniquidad y de hediondez, y libraré á mi lino y á mi lana con la que cubren su ignominia: *Convertar, et liberabo lanam meam, et linum, quæ operiebant ignominiam ejus.*¹

Es decir, sois una fantasma de cristiano; teneis la apariencia de devoción sin tener la realidad de la virtud; sois un sepulcro blanqueado y suntuoso, en cuyo exterior se ven los adornos santos, las figuras de la fe, de la religión, de la justicia y de la misericordia, las que le sirven de vana de-

¹ Oss. 2. v. 9.

coración, pero interiormente está lleno de infección y podredumbre; os pareceis á aquel altar del tabernáculo, de que habla la Escritura, que estaba cubierto de oro puro y tenia resplandeciente el exterior, pero interiormente estaba vacío y sin solidez: *Non erat solidum, sed, intus vacuum.*¹ En vano sacrificais sobre él víctimas; estos son unos sacrificios de cabritos y de toros, dones, ofrendas y víctimas extrañas de que no necesita el Señor; nunca sacrificais vuestras pasiones en la presencia de la santidad de vuestro Dios, y el Señor no ve en vosotros sino vanas apariencias, y el interior vacío de fe y de piedad: *Non erat solidum, sed intus vacuum.*

Pero, católicos, ¿qué caso hacemos nosotros de las apariencias de amistad que desmiente el corazón? ¿qué impresión hacen en nosotros las falsas expresiones de aquellos que no nos aman y que conocemos ser nuestros enemigos? ¿No es cierto que nos sirven de molestia? Nosotros no estimamos en los hombres sino el afecto íntimo y real que nos profesan; aun los disimulamos la irregularidad de algunas acciones, con tal que estemos seguros de la verdad de su afecto; aun la misma vida de la corte nos acostumbra á no hacer mucho caso de las exteriores y públicas demostraciones de amistad, á desconfiar siempre de todos aquellos semblantes tan comunes y tan poco sinceros, y á no contar á todos aquellos que nos hablan en un mismo idioma, en el corto número de amigos verdaderos, cuyo corazón sabemos que corresponde á sus expresiones. Nosotros, católicos, queremos ser amados de veras, ningún caso hacemos de las exterioridades, solamente nos pagamos del corazón, no perdonamos ni aun el mas leve defecto de sin-

¹ Exod. 38. v. 7.

ceridad; y hemos de creer que Dios, que se llama Dios celoso, ha de ser en este punto menos sensible y menos delicado que el hombre? ¿Hemos de creer que un Dios que se llama el Dios del corazón, se ha de pagar de un vano exterior y de unos simples respetos? ¿Hemos de creer que un Dios á quien no se puede honrar sino amándole, se ha de contentar con unos respetos que le tributa la boca y le niega el corazón? ¿Hemos de creer que Dios ha de ser de peor condicion que el hombre, y que ó no merece ser amado, ó que no ha de sentir la falsedad de nuestras adoraciones y respetos?

¡Dics mió! ¿Es posible que los hombres hayan de ser tan reales y verdaderos en sus placeres, en sus pasiones, en sus proyectos de fortuna, en sus rencores, en sus venganzas y en sus envidias, y que conservando en estos asuntos dentro del corazón aun mas de lo que exteriormente manifiestan, solamente han de ser falsos en los asuntos de la religion? Esto es, á la figura del mundo tributan la verdad y realidad de sus afectos, y á la verdad de vuestra ley y á la realidad de vuestras promesas no ofrecen mas que la apariéncia.

Y no obstante, la vana confianza es la propiedad característica de estas almas de que hablo, y este es el segundo abuso de los ejercicios exteriores de devoción: son santos: *Man latum quidem sanctum*, y con todo eso, sirven de obstáculos para la salvación por la falsa seguridad que nos inspiran.

El desorden, católicos, puede conducir para el arrepentimiento; el libertinaje de las costumbres solamente se mantiene con una embriaguez que no es durable, porque el clamor de la conciencia no tarda en darla á conocer; los que viven abandonados no hallan en sí mismos cosa alguna

que los pueda asegurar, sino la injusticia ó la infamia del desorden, ó aquellas monstruosas máximas que prometen al impío una aniquilación eterna, y esta es una reflexión aun mas molesta que la misma culpa de que intenta consolarnos. Pero los ejercicios exteriores de la religion sosiegan la conciencia y dan motivo al pecador de que halle algun consuelo fuera de sí mismo; las limosnas, los sacramentos, las obras de misericordia, la devoción de María Santísima, y el culto de los santos forman una especie de nube que oscurece su alma; se perdona mas fácilmente las fragilidades y caídas, porque le parece que las recompensa con obras santas; no teme aquella obstinación y aquel abandono de Dios, en que caen regularmente los pecadores inveterados, porque aun siente consuelo en ciertas obligaciones exteriores de la religion; no conoce que este consuelo es artificio del demonio que conduce á la impenitencia del mismo modo que la obstinación: si la gracia nos despierta y avisa algunas veces de la infamia de nuestros desórdenes, oponemos á estos primeros remordimientos un gran número de obras muertas ó inútiles; nos sirven de señales de paz que disipan inmediatamente nuestros sustos; nos aquietamos con estas tristes reliquias de religion, como si con ellas pudiéramos libertarnos del naufragio, y de las exterioridades de la devoción formamos un muro contra la misma piedad.

Por eso algunos destinan parte de las ganancias del juego y su diversion para los pobres; los meten en compañía de sus ganancias, y el furor del juego, tan opuesto á la seriedad y dignidad de la vida cristiana, nada tiene de peccaminoso á nuestra vista despues que hemos hallado el secreto de hacer participantes á los pobres del lucro que resulta de esta desenfadada pasión: algunos franquean la

casa á los siervos de Dios, frecuentan su amistad, conservan con ellos conexiones de estimacion y confianza, los interesan en que pidan á Dios su conversion, y así viven con mas tranquilidad en sus delitos, despues que han encargado á los justos que los alcancen la gracia de la penitencia; finalmente, consagran algunos dias al retiro, se encierran en una casa religiosa, mas por entregarse con mas satisfaccion á la pereza, que por huir de los placeres; favorecen todo lo que puede ser útiles para lo bueno, escogen un director docto y famoso, se presentan mas frecuentemente en el tribunal de la penitencia, asisten á todas las concurrencias de devocion, y se abstienen de ciertos abusos públicos, de que en otro tiempo no formaban escrúpulo; ya juzga el mundo que han tomado el partido de la virtud, y no obstante esto, á excepcion de haber salido de los demás enormes delitos, en todo lo demás aun perseveran los mismos; conservan el corazon siempre lleno de envidias, de antipatías, de deseos de elevacion y de favor, las conversaciones igualmente sazonadas con la murmuracion, con la sátira y con la malicia contra los prójimos, la vida igualmente tibia, sensual, ociosa, inútil, los cuidados del cuerpo y del adorno con la misma ansia y viveza, el génio igualmente áspero y altivo con los domésticos, é igualmente excesivo el resentimiento al mas leve desprecio ó al mas ligero olvido. No obstante todo esto, viven tranquilos, porque se ven rodeados de todas las señales de la devocion, porque se valen de todos los medios exteriores de asegurar su eterna salud, sin haberse olvidado de ninguno, menos del de mudarse á sí mismos.

No, católicos, la confianza que nace de las obras exteriores de devocion pone al corazon en una falsa tranquilidad, de la que rara vez nos desengañamos. De este mo-

do el pueblo judío, fiel observador de los ejercicios exteriores, perseverará hasta el fin en su ceguera. Los profetas que suscitaba el Señor de siglo en siglo empleaban casi todo su ministerio en desengañarlos de este peligroso error. No conteis, les decian, con las víctimas y ofrendas que presentais en el altar, no confieis en la multitud de vuestras obras y de vuestras observancias legales; lo que el Señor os pide es un corazon puro, una penitencia sincera, la enmienda de vuestras culpas, un amor verdadero á sus Mandamientos, una vida santa é inocente, que desgareis vuestros corazones y no vuestros vestidos, y que separeis el mal que reina en vosotros. No obstante, su injusta confianza continuaba manteniéndose en estas exterioridades religiosas. Cuando caian abiertamente en la idolatría, y olvidándose absolutamente del Dios de sus padres levantaban altares extraños, entonces con facilidad los sacaban los profetas de sus desórdenes, los hacian derramar lágrimas de compuncion y penitencia, y Jerusalem se cubria de ceniza y de cilicio. En una palabra, cuando se hacian idólatras y enemigos declarados del Señor, no era imposible el hacerlos penitentes; pero mientras perseveraban en la fidelidad exterior á las observancias de la ley, ¡ah! por mas que los profetas les reprendiesen sus injusticias, sus fornicaciones y sus iniquidades, el templo del Señor les servia siempre de seguridad; los sacrificios, las ofrendas, las observancias con que tan escrupulosamente cumplian, quitaban á las terribles verdades que los anunciaban de parte de Dios toda su fuerza y terror; los grandes pecadores, los impíos, los publicanos, se convierten, los fariseos, los medio cristianos, las almas á un mismo tiempo religiosas y mundanas, que componen las exteriores obligaciones de la devocion con los placeres, con las máximas, pasiones y

abusos del mundo, nunca se mudan, y mueren sin compuncion así como han vivido sin desconfianza; semejantes á aquellos soldados de que se habla en la historia de los Macabeos, que bajo los estandartes de Judas peleaban al parecer por la causa del Señor, y en la apariencia tomaban las armas por su gloria; pero habiendo sido derrotados y muertos, se halló que debajo de sus túnicas tenian escondidas las señales de su idolatría, y se vió claramente que aparentando fidelidad á la religion de sus padres, habian llevado siempre consigo las abominaciones de las naciones infieles: *Invenerunt sub tunicis interfectorum de donariis idolorum, a quibus lex prohibebat judæos.*¹

Pues esta misma es la suerte de las almas de que yo hablo. Combaten bajo los estandartes de la piedad, su exterior religioso no los distingue de los verdaderamente celosos de la ley, se persuaden á que pueden juntar la práctica exterior de sus observancias con las reliquias de su idolatría, y viviendo en esta falsa seguridad desafían á la muerte con confianza; pero acabado el combate y llegado el dia decisivo, desaparecerán todas estas vanas obras, y bajo unas exterioridades religiosas se hallarán ídolos ocultos, esto es, mil injustas pasiones, que siempre los habian confundido en la estimacion de Dios con las almas infieles y mundanas: *Invenerunt sub tunicis interfectorum de donariis idolorum, a quibus lex prohibebat Judæos.*

¡Ah! católicos, un enemigo de los cristianos los argüia en otro tiempo de que aunque era verdad que los preceptos del Evangelio eran admirables y que nada igualaba la perfeccion y grandeza de las máximas de Jesucristo, eran tan poco conformes á la flaqueza humana, que no creia que hu-

¹ Machab. 12. v. 4.

biera quien pudiese cumplirlos: *Vestra in Evangelio præcepta, ita mirabilia, magna que scio, ut eis parere putem posse neminem.* Pero católicos, ¿qué podría haber en las máximas de Jesucristo tan impracticable para la humana flaqueza, segun la expresion ponderativa de este pagano, si éstas no arreglasen mas que las exterioridades? ¿qué trabajo costaria el ser fiel en ciertos ejercicios, como son el honrar á María Santísima, el ser liberal con los pobres, el proteger la piedad, el adornar los templos y los altares, el invocar la proteccion de algun santo, el tener particular devocion á los lugares que le están consagrados? Lo que cuesta es el mortificar un deseo, el vencer una pasion, el desarraigar una costumbre, el contener un natural demasiado inclinado á los placeres; lo que cuesta es el separarse de una ocasion á que nuestro corazon nos inclina, el aborrecer al mundo que nos agrada y nos busca, el amar á los que nos aborrecen, el ocultar los defectos del prójimo y hablar bien de los que nos calumnian; el vivir desprendidos de todo, aun cuando todo se posea; esta es propiamente la vida cristiana y lo que cuesta trabajo; este era el motivo de que tanto admirasen los paganos la santidad, la elevacion y la prudencia de la moral de Jesucristo; esto es lo que tanto les hacia temer, dice San Leon, la santa severidad. Pero las obras exteriores muchas veces son fruto del amor propio, lejos de debilitarle y combatirle. Y por eso, no solamente ceñimos á ellas toda la piedad, sino que las preferimos á las mas esenciales obligaciones.

Ultimo abuso de los ejercicios exteriores: son justos: *Mandatum quidem justum*, y ofendemos con ellos á la justicia, por preferirlos á las mas indispensables obligaciones: abuso bastante frecuente en la virtud, pues vemos muchas personas celosas por las obras de supererogacion, y tranquilas

en orden al perpetuo olvido de sus mas esenciales obligaciones.

Y así hay muchas que practican todas las buenas obras, menos aquellas que Dios las pide; dejan las funciones de su cargo, las obligaciones principales de su estado, aquellas obligaciones menudas y domésticas en que no halla satisfacción el amor propio, y aquellas para cuyo cumplimiento solo el amor á la obligacion puede estimularnos. Hay algunos que imponen por regla el hacer ciertas limosnas que lisonjean á la vanidad, y viven tranquilos en orden á infinitas restitutiones á que les obliga la ley de Dios; son liberales con las casas religiosas y no se atreven á resolverse á pagar sus deudas; rezan cuando debieran asistir á otros negocios, y cuidan de ellos cuando sus necesidades les obligan á que oren; cuidan de la viuda y del huérfano, dejando arruinar sus propios intereses, preparando de este modo para sus desgraciados hijos, ó para los engañados acreedores, los amargos frutos de su injusta caridad; toman á su cargo el cuidado de las casas que ha erigido la caridad, y no cuidan de la educacion de sus hijos ni de la conducta de sus criados; reconcilian á los que están enemistados, ponen en paz á algunas familias, y fomentan al mismo tiempo la discordia en la suya con su mal génio; y por no ceder en cosa alguna de su altivez y extravagancia, enajenan de sí el corazon y el alma de un esposo, y le precipitan en extraños amores; ejercitan con los miembros de Jesucristo los mas humildes ministerios, y no tienen valor para dar un leve paso de reconciliacion con su enemigo, adelantándose á su flaqueza y ganándole para Dios; se imponen una multitud de santas oraciones, y con la misma boca con que acaban de bendecir al Señor, despedazan á sus prójimos, como dice San Cayetano. De este modo damos á conocer,

segun la expresion de un apóstol, que nuestra religion es vana y que nos engañamos á nosotros mismos.¹

¿Qué he de decir por último? Acaso tambien concurren á todas las congregaciones devotas y dejan de asistir á oír la voz de su pastor, á quien la Iglesia les manda seguir y escuchar. Sí, católicos, la voz del propio pastor tiene una particular gracia y virtud para sus ovejas; habla con autoridad y amor de padre; en su boca las mas sencillas verdades adquieren con la gracia de su ministerio una bendicion que no podemos nosotros dar á las nuestras: nosotros somos extraños, él es pastor; nosotros le ayudamos en sus fatigas, pero la viña es suya; la asistencia á vuestra propia parroquia es una obligacion confirmada con la práctica de todos siglos, con las leyes de la Iglesia, con la doctrina de los dos santos, con los ejemplos de los justos, y con la unidad del ministerio. Allí es donde propiamente existe la congregacion de los fieles; es el cuerpo al rededor del cual se deben congregarse las águilas; allí está la fuente de los Sacramentos, la autoridad de la doctrina, la regla del culto y el lazo comun de la fe. Vuestra parroquia es la casa de oracion á donde debeis ir á confesar la fe que en ella recibisteis en el sagrado bautismo, y á suspirar por la inmortalidad que han de esperar en ella vuestras cenizas. El no concurrir á ella es una especie de cisma, de desobediencia y de separacion del cuerpo de los fieles. ¿Y es posible que haya de haber quien tenga gusto para retirarse á una casa religiosa, en donde la singularidad y la distincion lisonjea y agrada, y no le haya de tener para esta obligacion tan esencial, sin mas motivo que haberla hecho despreciable ó incómoda la confusion con los demás fieles, que es lo que debiera hacerla mas solemne y servir de mas consuelo?

¹ Jac. 1. v. 26.

Católicos, esta es una regla indefectible; todo lo que se opone á la obligacion esencial no puede ser obra de fe ni de devocion. Jesucristo no está dividido contra sí mismo. La caridad no destruye lo que edifica la justicia. Empezad por la obligacion; lo que no edifiqueis sobre este fundamento no será mas que un conjunto de ruinas, de obras muertas y de paja destinada al fuego: Dios no estima unas obras que no nos pide; la sincera y verdadera piedad consiste solamente en ser cada uno fiel á las obligaciones de su estado; despues de haber cumplido con estas obligaciones, haced en hora buena obras de supererogacion; pero no antepongais lo accesorio á lo principal, vuestros antojos á la ley de Dios, y la quimérica perfeccion de la devocion á la devocion misma. Pero me canso en vano; este es el gusto extravagante de los hombres; el yugo de la obligacion nada tiene que lisonjee nuestra vanidad; es un yugo forzado y extraño que no nos imponemos nosotros mismos, que solamente nos presenta la obligacion, y ésta siempre es triste y enfadosa, y el amor propio siente mucho rendirse á ella; pero las obras que nosotros escogemos las practicamos con gusto, son un yugo á nuestro modo que nunca nos molesta, y que si algo pudiera haber penoso en él, siempre se suaviza ó por el gusto con que le llevamos, ó por el interior deleite que sentimos en haberle escogido nosotros mismos.

Evitad pues igualmente, católicos, los dos escollos que acabo de señalar en este discurso. Este es el fruto que habeis de sacar de él. La virtud prudente y sólida siempre estriba en un medio justo y equitativo; solamente nuestro génio es quien apetece los extremos: no añadimos nosotros por nuestra parte cosa alguna á la religion. Esta está llena de una razon sublime si la dejamos como en sí es; pero

luego que intentamos mezclar con ella nuestros gustos y nuestras ideas, ya no es mas que una filosofía árida y soberbia, que todo lo atribuye á la razon y que no produce efecto alguno amoroso en los corazones; ó un celo supersticioso y ridículo, despreciado en la sana razon y reprobado y condenado por la fe. Hagamos con el arreglo de nuestra vida y con la equidad de nuestro proceder, que la virtud sea respetada aun de los que no la aman. Manifestemos al mundo, dando con nuestras acciones á cada cosa el lugar que la corresponde, que la piedad ni es génio ni flaqueza, sino la regla de todas las obligaciones, el orden de la sociedad, el juicio de la razon y la única ciencia á que debe aspirar el hombre en la tierra. Contemplemos la elevacion de las máximas de la religion y la dignidad de sus preceptos, y obliguemos á los enemigos de la virtud á que confiesen que solamente la piedad puede ennoblecer el corazon, elevar los pensamientos, formar almas grandes y generosas, y que no hay cosa mas pueril ni mas despreciable que una alma que se deja gobernar de sus pasiones. Honremos á la virtud, dejándola cuanto en sí tiene de divino y amable, su suavidad, su equidad, su nobleza, su sabiduría, su igualdad, su desinterés y su elevacion; el mundo, en medio de ser tan injusto, presto se reconciliaria con la virtud si viera que nosotros abandonáramos nuestras flaquezas. De este modo haremos que alaben el nombre del Señor aun los que no le conocen, y podemos esperar verlos algun dia reunidos con nosotros en la feliz inmortalidad. Amen.